

Nuestra memoria.

Recuerdos de quien nació a mediados del siglo XX.

1. El umbral de la mirada.

Hay un momento en la vida en que uno se detiene, no por cansancio, sino por necesidad. Es el momento en que el futuro ya no es una promesa, sino una incógnita. Y el pasado, en cambio, se vuelve un territorio cada vez más nítido. Es el momento en que se mira atrás.

Nací a mediados del siglo XX y he vivido una transformación del mundo que ninguna otra generación había experimentado con tanta intensidad. Cuando llegué al mundo, el planeta tenía 2.685 millones de habitantes. En julio de 2026 superó los 8.300 millones. En mi vida, la humanidad se ha triplicado. Y esa cifra es el primer dato que me sitúa en el tiempo.

No nací en un mundo pequeño, pero sí en un mundo más despoblado, lento y silencioso. España tenía entonces 28 millones de habitantes y era un país rural, católico, en parte analfabeto y gobernado por un dictador. Mis abuelos habían nacido a finales del siglo XIX, en un mundo anterior a la electricidad, el automóvil y la radio. Mis padres habían vivido la Guerra Civil y la posguerra. Y yo he vivido la dictadura, la Transición, la democracia, la entrada en Europa, la globalización y la era digital. Cuatro generaciones en un siglo. La cadena se ha tensado hasta casi romperse.

2. Los que vinieron antes.

Cuando miro atrás, no veo solo mi vida, veo la de mis abuelos. Ellos conocieron la Restauración, la Guerra de Cuba, la Semana Trágica o la dictadura de Primo de Rivera. Mis abuelos sabían leer y escribir con limitaciones, trabajaron la tierra y en talleres, y hasta crearon un negocio propio. Mis abuelos no tenían más horizonte que el pueblo donde nacieron, aunque siempre estuvieron dispuestos a mejorar su vida precaria y emigraron a la ciudad. Ellos me transmitieron, sin saberlo, la memoria de un mundo que ya no existe y al que me siento vinculado.

Recuerdo a mis padres, nacidos en la primera mitad de los años veinte, que vivieron la Segunda República, la Guerra Civil y la larga posguerra. Crecieron en la miseria, aprendieron a callar y aceptaron a regañadientes la dictadura como un hecho natural porque no conocían otra cosa. Ellos me transmitieron la resistencia, el esfuerzo, la capacidad de sobrevivir, el silencio, las preguntas sin respuesta y el deseo de vivir una buena vida.

Veo a mis tíos, a mi hermano, a mis primos y amigos con los que compartí la infancia. Todos forman parte de mi memoria. La vida que he vivido no es solo mía, es la de todos los que me acompañaron.

3. La infancia y el mundo de los mayores.

Mis primeros recuerdos son de los años cincuenta y sesenta. Una España gris, de calles de tierra, con casas apenas iluminadas con bombillas y coches que eran una rareza. Los niños jugábamos en la calle hasta que anochecía y la radio era el centro de la vida familiar. La televisión llegó más tarde, en los sesenta, y trajo consigo un mundo nuevo: las imágenes en movimiento, las noticias de fuera y la promesa de un futuro mejor.

La escuela era un lugar de disciplina y de castigos. Los pupitres de madera y la regla en los nudillos. Pero también era el lugar donde se aprendía a leer y a escribir, a sumar, restar, multiplicar y dividir, donde se descubría que el mundo era más grande que el barrio. Donde se empezaba a intuir que las cosas no tenían por qué ser como eran.

En aquellos años, España era un país gobernado por un dictador, pero los niños no éramos conscientes. Para nosotros, el mundo era lo que teníamos delante: la familia, la escuela, los amigos y los juegos. La política no existía en nuestro universo infantil, solo las rutinas, los pequeños placeres y las vacaciones de verano que parecían inacabables.

4. La juventud, el despertar de la conciencia.

La década de los sesenta fue un tiempo de cambio. Llegó la televisión, llegaron los primeros turistas, llegaron las primeras revistas de moda. España empezaba a abrirse, aunque la dictadura seguía firme.

En 1969 el hombre llegó a la Luna y lo vi en la televisión en blanco y negro cuando tenía catorce años, sintiendo que el mundo era más grande de lo que había imaginado.

Los estudios, los amigos, los primeros amores. La adolescencia como un territorio de descubrimientos. Las primeras canciones de los Beatles, los primeros pantalones vaqueros, las primeras conversaciones sobre política que no se atrevían a ser políticas. En 1970, Franco seguía en el poder, pero algo estaba cambiando. Los movimientos estudiantiles, las huelgas obreras y la agitación cultural.

La muerte de Franco, el 20 de noviembre de 1975, fue el primer gran acontecimiento político que viví con plena conciencia. Tenía entonces veinte años. Recuerdo la incertidumbre de aquellos días, el miedo a que todo volviera a ser como antes. Y luego, poco a poco, la sorpresa de que algo estaba cambiando.

Los años de la Transición fueron un tiempo de vértigo. En pocos años, España pasó de ser una dictadura a una democracia. Las elecciones de 1977, la Constitución de 1978, las primeras libertades.

Todo parecía posible. Y nosotros, los nacidos en los años cincuenta, éramos los jóvenes de aquel cambio.

5. La vida adulta, tiempo de responsabilidades.

Los años ochenta fueron los años de la consolidación. España entró en la Comunidad Económica Europea en 1986 y con ella llegaron los fondos, las inversiones y la modernización. El país se transformó a una velocidad que nadie había imaginado.

Construí mi vida. Mi carrera profesional, mi pareja y mis responsabilidades. Los años de trabajo, de esfuerzo y de fiesta. La vida adulta como un viaje en el que ya no se mira al horizonte, sino al camino que se tiene delante y se comparte con la gente a la que se quiere.

En los años noventa llegó la Expo del 92, los Juegos Olímpicos de Barcelona y la España de la modernidad. El país se sentía orgulloso de sí mismo. Pero también llegaron las primeras grietas: el paro, la corrupción y el desencanto. La política, que había sido un sueño en los años de la Transición, empezaba a mostrar su cara más amarga.

El nuevo siglo trajo consigo la globalización, la digitalización, los móviles e internet. Un mundo que mis abuelos no habrían reconocido. Mis sobrinos y los hijos de mis amigos crecieron con ordenadores y móviles, y yo, que había visto la llegada de la televisión, ahora veía la llegada de la inteligencia artificial.

6. Los que me acompañan.

En el camino no he viajado solo. He tenido pareja, hermano, primos, amigos y sobrinos y sobrinas. Personas que han compartido conmigo risas, penas, silencios y secretos. Algunos ya no están. Otros siguen aquí, con sus canas y sus arrugas, recordando los mismos tiempos, mientras los más jóvenes construyen su existencia y crean nuevas vidas.

La memoria no es individual, es la de todos. Cada recuerdo que conservo es también un recuerdo de ellos. De las tardes en la calle, de las canciones en el coche o de las cenas de Navidad. La vida que he vivido ha sido tejida con las vidas de los demás.

7. Los caminos no tomados.

¿Qué habría sido de mí si hubiera elegido otro camino? Esa pregunta, inevitable en la madurez, no tiene respuesta. Tomé decisiones que me llevaron a donde estoy. Otras decisiones, si las hubiera tomado, me habrían llevado a otro lugar y a otra vida.

Las encrucijadas se suceden a lo largo de la vida: la carrera que elegir, la pareja con la que compartir la vida o la ciudad donde establecerse. Cada elección cierra puertas y abre otras. Y uno no puede dejar de preguntarse qué habría pasado si hubiera elegido la otra opción.

La sabiduría de la edad consiste en aceptar esa realidad y en comprender que la vida no es lo que se ha hecho, sino lo que se ha sentido. Y que las opciones no tomadas no son fracasos, sino caminos que no se recorrieron.

8. El testigo que se entrega.

Ahora, al mirar atrás, veo una cadena. Mis abuelos, mis padres, mis tíos, mi pareja, mi hermano, mis primos y mis amigos. Todos han estado aquí, en este mismo viaje, antes que yo y al mismo tiempo que yo. Y detrás de ellos, otros que no conocí: bisabuelos, tatarabuelos, una larga fila de personas que vivieron, amaron, sufrieron y murieron.

Soy un eslabón más de esa cadena. Recibí el testigo de mis padres y de mis abuelos, y ahora lo entrego a quienes vienen detrás, a los jóvenes que han compartido conmigo parte del camino, a mis sobrinos y a sus hijos. La vida no es solo lo que se ha hecho, es también lo que se ha recibido y entregado. La memoria se transmite así, de generación en generación, como un testigo que no se apaga.

9. La paz de la mirada.

Al llegar a esta edad, la mirada se vuelve más serena. No porque los problemas hayan desaparecido, sino porque ha cambiado la perspectiva desde la que se observan. Lo que antes parecía urgente ahora resulta secundario. Lo que antes preocupaba ahora se ve con distancia.

Me pregunto "¿qué he hecho con mi vida?", pero pronto paso a interpe-larme sobre "¿qué he aprendido de ella?". Y la respuesta es que la vida es frágil, que el tiempo no vuelve, que las personas que amamos se van y que lo único que queda es la memoria.

La memoria de los que vinieron antes y de los que vendrán después. La memoria de los que me acompañaron y de los que siguen aquí. La memoria de una vida que, al mirarla, no es más que un instante en la larga cadena de la humanidad. Y en ese instante, he sido parte de algo mucho más grande. Y eso, al final, ha de ser suficiente porque es lo que importa.